

1-31-2014

La escritura calva

Lola López Mondéjar

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

López Mondéjar, Lola. 2014. La escritura calva. *Revista Surco Sur*, Vol. 4: Iss. 6, 12-20.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.4.6.8>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol4/iss6/9>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Lola López Mondéjar

La escritura calva



Se nos proporcionan cosas o verdades.
Lo que hemos perdido son las personas.

IRIS MURDOCH

La literatura es siempre una expedición a la verdad.

FRANK KAFKA

Se acaricia la cabeza desde la nuca hasta la frente, apreciando ese tacto nuevo, sedoso, del pelo en crecimiento. La gente cree que a las mujeres con cáncer les importa quedarse calvas. El cirujano le dijo el diagnóstico con una frase de advertencia: ya sabe, se le caerá el pelo; como si eso fuese lo más grave que iba a pasarle, pero a ella la calvicie no le importó. Sentía curiosidad por observar la forma exacta de su cabeza. Pensó que era una oportunidad única para conocer mejor su rostro desnudo, una oportunidad que ella nunca hubiera sido capaz de darse voluntariamente —¿cómo se le iba a ocurrir raparse la cabeza a cero como Sinèad O'Connor?—, una suerte que el cáncer le brindaba sin que ella lo tuviese que decidir.

Su cabeza era redonda y proporcionada, con las orejas pegadas al cráneo y la frente amplia. A medida que se acostumbró a verse así —tan desnuda que no permitió que nadie la viese sin su peluca, como si su cráneo blanco mostrase algo íntimo y secreto que era preciso ocultar—, llegó hasta a encontrarse hermosa.

Había una especie de sinceridad inexplicable en el rostro sin adornos. Pensó en las monjas y en las mujeres árabes. Pensó en la aversión del primer catolicismo hacia el cabello abundante de las mujeres, identificado como símbolo de exuberancia vital y sexual.

El cráneo a la intemperie, lejos de mostrar la vulnerabilidad esperada, se le antojaba lleno de fuerza. Concluyó que es a los hombres a quienes no les gustan las mujeres calvas. Quizás no las vean femeninas, quizás su idea de la feminidad se emparenta con lo absolutamente distinto a ellos, y una mujer calva sea una mujer hombruna, con un cráneo tan despojado como el de la mayoría de los varones. Pero no es así, no para ella. Ella se sentía femenina y hermosa. Y pensó, ahora que su cabeza estaba cubierta de pelo en su totalidad, un cabello de apenas un centímetro y medio de largo, oscuro y sedoso, infantil, pensó que no quería volver a llevar el pelo largo. No lo haría. Quería mostrar al mundo sus ojos curiosos, su frente despejada, su verdad.

El pelo largo se le antojaba un disfraz, una mentira. En realidad, pensó —no paraba de pensar, su cabeza calva pensaba sin tregua; generosamente, pensaba— que nadie sabía quién era ella porque nadie la había visto sin pelo. Esa era la verdad. Así de simple. Su yo más íntimo estaba ahí, bajo la mano que sigue acariciando su cráneo casi desnudo, disfrutando de esa sensación extraña de rozarlo tan cerca de su cerebro. Ella, más que su pelo largo, se dice, es su cerebro, y este se encuentra debajo de su mano, cubierto por ese escaso centímetro y medio de cabello y de huesos. Ahí está su identidad. Pero nadie la conoce.

De repente, todo lo que había hecho, todo lo que haría en adelante, se le antoja una enorme mentira, y tiene ganas de mostrarse al mundo desnuda y calva. Sin un solo pelo en la superficie de su cuerpo; sin cejas ni pestañas, ni vello púbico, ni nada que cubra su piel. Así es ella en realidad, pero nadie la verá nunca sin su disfraz, porque, tal vez, ella nunca tendrá la osadía suficiente para mostrarse tan desnuda ante el mundo. Por eso, pensó, nadie podrá nunca amarla. Saldrá a la calle sin protección alguna, como se había enfrentado al destino, a cuerpo descubierto.

Pero así nadie querrá amarla.

El mundo está tan lejos. Las cosas, rotundas y sólidas, tan desvanecidas. De repente, la enfermedad le ha traído como regalo una intensa conciencia de sí misma. Calva.

Hablar es jugar al escondite. Despistar al interlocutor para que no mire el agujero, ese vacío que se precipita hacia dentro del estómago, el sumidero en el que van a parar poco a poco las ilusiones. Pero está contenta. Tanto. Con la muerte, el agujero se ha llenado de vida hasta la superficie. Ya no hay abismo, dentro de ella todo es denso y profundo, como el agua del mar que la sostiene levemente, apenas sin esfuerzo. Dentro de ella ha encontrado una verdad que no se siente capaz de comunicar. ¿Quién va a querer conocerla?, ¿quién?, ¿a quién le importa su verdad?

Podría escribir una novela contando su historia. Podría montar escenas amables, seleccionar uno a uno los capítulos, introducir personajes, escribir: *dijo, respondió, el sol acariciaba su piel, la luna está en cuarto menguante*. Podría fingir que nunca antes se habían escrito novelas y escribir la suya imitando a León Tolstoi, Charlotte Brönte o George Eliot; esto es, escribirla con todo lujo de detalles y fingir que el mundo de la novela, la tradición de la novela, el canon occidental, no hubieran existido nunca; que la suya es, pues, una novela inaugural, una novela originaria. Pero no le es posible, ¿para qué?, ella nunca leería una novela así. Moriría de aburrimiento si lo hiciera. Su novela no podría tenerla nunca como lectora; es, pues una tarea imposible.

¿Entonces?, entonces, si la escritura es el único lugar donde su desnudez calva podría mostrarse (porque había decidido que no, que no saldría nunca desnuda, sin un pelo de tonta ni de lista, a la calle¹, más le valdría encontrar una escritura también desnuda, una escritura sin entonces, luego, más tarde, una escritura que saliera del mundo de los objetos y penetrase, como un rayo láser, en el interior de las cosas y de las palabras. Una escritura calva.

Y se dispuso a encontrarla.

Escribir sin disfraz. Escribir sin nada encima, ni siquiera pelo, aunque sea invierno y haga frío afuera, y la intemperie del mundo sea infinita, y los hombres y las mujeres se protejan de ella con relatos, con esferas, con ropa y pelo. Aunque la magnitud de las tinieblas sea tan grande que los hombres y las mujeres necesiten de abrigo de pieles, de lana, de hilo, para resguardarse de un frío ancestral, de un miedo cósmico. Ella no se cubriría. ¿Para qué?, ya lo han hecho otros. ¿Qué sentido tendría volver a lo andado?

Escribir calva. Escribir desnuda.

Decir, el mundo está ahí afuera y me es ajeno. Aunque amo.

El mundo está ahí afuera y me es ajeno aunque amo a algunas personas que están en el mundo, porque siento, estoy convencida, de que ellas también podrían suscribir estas palabras: el mundo está ahí afuera y me es ajeno. Aunque me duele.

Las personas a las que amo podrían llorar como Nathaniel Rateliff en *When we were towers*. Podrían hartarse de llorar y luego secarse las lágrimas y volver a la vida. Y al mundo. Así, sin solución de continuidad. Porque tanto es vida llorar como reír. Pero no es vida sentarse a leer entonces, luego, *la luna está en cuarto menguante*, y otras reconfortantes historias totalmente prescindibles. No es vida eso, y ella no lo leería, ni las personas que ama tampoco. A las personas que ama se les caería de las manos una novela escrita como si Tolstoi, Flaubert, o Brönte no hubieran existido nunca. Dirían, ¿para qué?, y se pondrían a leer a Agota Kristoff o a Herta Müller, a J.M. Coetzee.

La gravedad. Quiere encontrar la gravedad. La gravedad es lo contrario de la tristeza, de hecho, piensa, está cerca de la alegría. La gravedad no es compatible con la tontería, pero sí con la ligereza. Ella tiene su propio concepto de gravedad. Y quiere encontrarla. Decir la gravedad es abrir un mundo de referencias preestablecidas del que ella quiere escapar. La gravedad. En su cerebro, por debajo de su cabeza calva, tiene un campo semántico que hace frontera² con solidez, contundencia, importancia, sinceridad. Una escritura grave y desnuda. Porque no quiere vivir escondida debajo de su pelo abundante, no quiere cubrirse los ojos con él. No. Ha dicho basta. Ahora sabe lo que es la vida. Lo que pudiera ser la muerte. Bien es cierto que nadie que pueda escribirlo sabe a ciencia cierta lo que es la muerte, aunque la hayan vivido de cerca y pretendan acercarse a ella, saber de ella. Como Primo-Levi, se le ocurre pensar, que acabó tirándose por el hueco de la escalera, perseguido por los fantasmas de quienes murieron allí donde él logró sobrevivir. Primo Levi, escribir desnudo y con frío como él. Nunca sintió tanto frío como leyendo *Si esto es un hombre*. El frío y la intemperie son sinónimo de lo inhabitable. Escribir sin disfraz. Escribir aunque no sirva para nada.

Está decidido: no dejará que su pelo crezca hasta cubrirle los ojos. Esto es importante. Se lo ha prometido a sí misma. Nunca más. Aunque no cree que en la nueva vida que está dispuesta a vivir, y a escribir, quiera hacerse promesas a sí misma para siempre. No son compatibles con la gravedad a la que aspira. Con la solidez a la que aspira; aunque pueda parecer lo contrario. Podría pensarse que las promesas son graves, pero no es así. La gravedad es un sentimiento dulce que la une al suelo, que la sujeta a la tierra. Telúrico. Las promesas son aéreas, solares. Imprecisas. Solo están hechas de buena voluntad.

El caso es que ya no le interesa contar las cosas como si no las hubiesen contado miles de personas antes que ella, no. Ahora quiere contarlas calvas.

Digamos que sin florituras.

Pero, ¿qué va a contar así? Contar sin historia. Como si fuese una canción, sin un antes ni un después. Contar creando el vacío.

Esto, dirán, ya lo han hecho también otros y otras; lo sabe, pero no como ella está dispuesta a hacerlo. Y para eso, es un reto, tiene que pensar. No puede escribir a tontas y a locas, tiene que pensar y encontrar la salida, encontrar el camino que conduce a su objetivo. El camino, en la escritura, es ya el objetivo mismo. Como en la vida.

Quiere contar la felicidad. Eso es, ha dado en la diana. Contar la felicidad. Esa que dicen que no tiene historia. Porque ella es feliz calva. Es feliz y baila por la mañana en su casa cerca del mar al ritmo de canciones que le elevan el espíritu — ha decidido reivindicar la palabra espíritu, y la palabra alma, desechadas cuando no era libre y pensaba y escribía con pelo —; que le elevan el espíritu y le hacen levitar. Baila como si el mundo fuese solo sensualidad y ritmo. Una escritura toda sensualidad y ritmo, como esa buena música. ¿Podrá contar así?

Contar, por ejemplo, que el mar de septiembre está plano, transparente, que parece un diamante si lo miras desde la altura exacta en la que se refleja en sus aguas la luz del sol, y que decenas de peces diminutos escapan de entre los dedos de sus pies cuando los mueve. Otros dos, atrevidos, se ensañan mordisqueando sus tobillos; siente cosquillas. Esa es la felicidad. Encima de su cabeza el cielo azul y en sus pies el agua cristalina. Da igual que se haya escrito cientos, miles de veces, agua cristalina, da igual, qué más da; si el agua en septiembre es cristalina lo es, a pesar de toda la historia de la literatura junta.

Una escritura que es afirmación, una escritura cursi y calva, que tampoco son antónimos. Los antónimos son clasificaciones maniqueístas, piensa ella, y todo es relativo, lo alto y lo bajo, lo turbio y lo cristalino, lo cursi y lo calvo. Una escritura que cuente la felicidad.

Contar, por ejemplo, que su pareja va bien. Que se ríen mucho juntos, aunque hagan menos el amor que antes. Contar que hacer el amor no es tan importante, que es un impositivo de la extenuante *hipersexualización mercantil de la sociedad de consumo*. Que si escuchas con atención tu cuerpo quizás hagas menos el amor que si escuchas lo que dicen que tienes que hacer con tu cuerpo. Y que ahí está la felicidad, en tomar en cuenta ese oído atento.

Contar esto mismo como si fuese un ensayo, o no, como una escena de teatro.

Él —¿Hacemos el amor?

Ella —Dios mío, si lo dices se me quitan las ganas de repente.

Él —¡Ah!, pues no lo digo.

(Risas de ambos)

Algo así, tal vez. Relee la extenuante *hipersexualización mercantil de la sociedad de consumo*, y piensa: ¡qué feo es! Qué horror; aunque admite intelectualmente la expresión. Pero decide dejarlo ahí, tal cual, porque la sociedad de consumo ha impuesto una sexualidad de consumo. Porque, bueno, hay que decirlo sin dilación: las mujeres no tienen la misma sexualidad que los hombres. Está dispuesta a escribirlo y a demostrarlo, si alguien le pregunta. Tiene razones suficientes, hay miles de libros llenos de razones, de explicaciones, y ella no se va a detener ahora (es una pérdida de tiempo, quizás en otro momento) a explicar el patriarcado y la liberación de la mujer, y todo eso que a nadie le gusta recordar pero que ella tiene tan claro, que ella tiene tan dentro de sus huesos que cree que, aunque no lo parezca, es también pura literatura.

Contar la felicidad. Contar provocando emociones puras. Sin contaminar. Contar llamando a las cosas por su nombre, si lo tienen, porque aún hay cosas que no tienen nombre. No lo

tienen. ¿Cómo se le llama a la madre que pierde un hijo?, por ejemplo, que le sobrevive. Es ya un tópico esta ausencia en nuestra lengua. El miedo de las palabras al dolor. O, ¿cómo expresar la sensación mestiza de la dentera, sin utilizar dentera?

Llamar a las cosas por su nombre: patriarcado, liberación de la mujer, reivindicación, mercantil o consumo, aunque sean nombres feos. Nombres que llevan a territorios que no son de la literatura. ¿Por qué? No lo sabe, pero son territorios ajenos que ella quiere traer aquí si los necesita. Aquí, a su escritura calva.

Quizás no cuente nunca más ninguna historia y nadie la quiera. Esto sí que le importa. Los lectores quieren historias, los lectores buscan distracción. Y ella no pretende distraer, no quiere apartar la atención de la vida, quiere mostrar su calva, quiere que quieran su calva, no que se distraigan con el pelo que cubre sus ojos. Pero teme que su calva no les guste. Que rechacen su desnudez de escritora.

Le harían tanto daño. Teme.

Antes sí contaba historias. Se servía de historias para mostrar las emociones. Inventaba una mujer, un hombre, una atmósfera, una circunstancia, y expresaba a través de ellos lo que quería expresar. Era un rodeo.

Pero ahora, tras el año de la muerte, las historias le aburren. Ahora busca la verdad. La verdad que está por fuera de la historia, dentro de la historia.³ Le interesan las palabras más que las historias, las palabras *atrapavidas*, las que intentan llevarse un bocado de realidad con ellas y lo consiguen.

La palabra vida, por ejemplo, ha perdido esa cualidad. Ahora la palabra vida ya no es casi nada, deja por fuera de ella la vida misma.

Una escritura original que recupere para las palabras su significado, sin adulterarlo. Eso es lo que quiere después del año de la muerte. Una vida y una escritura puras, sin falseamientos.

Pero, ¿qué es verdad y qué es mentira?, ¿qué es lo falso?

Quiere vestirse de colores para expresar la ligereza de su nueva vida, la ligereza de la vida que le han regalado. Y explora en el armario de su hija y rescata unos pantalones de verano con un estampado pop. Se los pone con una camiseta amarilla; parece una hippie. Es una imagen que le gusta, aunque ella no está íntegramente recogida en esa imagen. Toda ella no es enteramente hippie. Se ha vestido así para acudir a una comida con dos amigas.

Veamos, presentémoslas: una de ellas, un año mayor, lleva un vestido de seda por encima de la rodilla, sin mangas (es septiembre, recordemos, y todavía hace calor en el centro del día), con estampado de paramecios. Un vestido que podría calificarse de burgués. La otra, la anfitriona, siete años más joven, viste un pantalón de hilo en tono crudo y una camiseta marrón (ven, ¿ya empiezan a aburrirse?). ¿Qué está expresando la ropa de sus amigas?, ¿de qué habla su elección? No lo sabe. La anfitriona no tiene buen gusto. Usa ropa funcional, ropa cómoda, casi siempre pantalones. No le preocupa mucho su aspecto, al parecer. No puede sacarle mucho partido a su aspecto, al parecer. Ella la imagina mejor con túnicas amplias y sobrias que disimulen el engrosamiento de su cuerpo a partir de la cintura. Sobre la túnica, imagina collares de colores, largos y poco pesados. Algo más sofisticado. Pero la anfitriona no lo es. La del vestido de seda, su amiga del vestido de seda, es tan convencional que cuesta entender quién se esconde debajo de su vestido. Es una mujer pragmática. En realidad, a ella las mujeres pragmáticas no le gustan demasiado, solo si dudan, solo si su pragmatismo esconde sus dudas, pueden gustarle un poco. Pero su amiga no le comunica sus dudas. Su amiga es, como si dijésemos, plana (aquí no se aburre, le gustaría seguir describiendo a su amiga, y decide hacerlo, decide que sí, que va a contar toda la verdad sobre ella).

Su amiga es incisiva con ella a veces; cuando parece que está empezando a decirle una cosa amable, da un giro inesperado y acaba infligiéndole una pequeña herida. Ella cree que está enamorada de su pareja. No de la pareja de su amiga, sino de la suya propia. Veamos: si su amiga es A y ella es B, diríamos que A está enamorada del compañero sentimental de B. No deja pasar una oportunidad para hablar con él. Le consta que esto podría parecerles a los lectores de esta escritura sin historia algo vulgar. Vaya, dirán decepcionados, ahora resulta que huyendo de las historias convencionales vamos a tener delante de nuestros ojos un auténtico chisme, una adulterio. Ahora resulta que estamos de lleno en pleno siglo diecinueve, añadirán con razón. A ella misma le parece un poco vulgar contar esto de su amiga, pero es así. Qué le

vamos a hacer. No es literatura. No es literatura. No es literatura. Su amiga está enamorada de su compañero sentimental y, por eso, por eso la odia un poco. Porque, esta es también la verdad, y hay que mostrarla, su compañero sentimental está loco por ella. Está tan loco por ella como el primer día. Más que el primer día. El año de la muerte solo ha servido para confirmarle que sin ella no puede vivir. Que sin ella no puede vivir en absoluto. Esta es la verdad, repite, insiste; da igual si alguien cree que es redundancia, pero las mujeres, a quienes les cuesta que las escuchen, se han habituado a repetir las cosas como único modo de dejar constancia de ellas. En fin, lo que quiere decir es que nada de esto es mentira. Y también, quiere decir, que resulta difícil escribir la verdad.

Es cierto, no es literatura que su amiga está enamorada de su compañero, aunque no hará nada, nunca, por encontrarse en una situación comprometida con él. Nunca, jamás habrá adulterio. Ella lo sabe. Al contrario de lo que pasa en las películas y en muchas novelas, la mayoría de las veces las mujeres que dejan de amar a sus maridos y se enamoran de otros hombres no hacen nada por cambiar el curso de su vida. Dejan que las cosas pasen por delante de ellas, por dentro de ellas, e intentan olvidarlo. Siguen el camino ya trazado. Aunque su vida podría ser otra no tienen valor para cambiarla. Solo las protagonistas de algunas novelas, y de algunas películas, se atreven. La mayoría de las mujeres ni siquiera son infieles, ni siquiera son momentáneamente infieles como la protagonista de Los puentes de Madison. No se atreven ni a eso. La mayoría vive en secreto su amor, buscando inocentes momentos de encuentro, y luego siguen con su vida como si ese sentimiento, que es lo más íntimo y secreto de ellas mismas, lo que en el orden ontológico más las define, pues las ocupa casi por entero, no existiera.

Aunque sepan que es ese sentimiento íntimo y secreto el que más las une a su cuerpo, a las sensaciones de su cuerpo, intentan ignorarlo. Porque tienen miedo de él. Tienen miedo de adónde pueda conducirlos.

En fin, su amiga del vestido de seda es valiente para otras muchas cosas, es aplicada y estudiosa. Es inteligente y alegre. Ella la quiere, aunque no le guste especialmente cómo es. Es de esas amigas que no hubiese elegido jamás, pero que vienen en el lote de los amigos de la pareja. La vida, aquí hay que señalarlo, no es siempre elección. Si quiere a su pareja está forzada a mantener relaciones de cordialidad y buen entendimiento con sus amigos. Con el tiempo le ha cogido cariño, pero sospecha que la otra, con el tiempo, ha ido formándose una imagen bastante desagradable de ella. Eso piensa; es así. No puede evitarlo. Siempre añade un comentario cáustico a sus opiniones, insiste, siempre muestra una involuntaria animadversión que le hace pensar en esto.

A la anfitriona quizás sí la hubiera elegido como amiga, aunque duda de que la hubiese conocido en otras circunstancias (esto es, si no fuese amiga de su pareja) porque es una mujer tan discreta y prudente que apenas se hace ver. Con el tiempo la encuentra cada día más sensible y cariñosa, sin estridencias, más profunda.

Pero continuemos, ¿cómo contar la felicidad y la vida sin contar lo que pasa en la vida?

La felicidad, por ejemplo, de experimentar el modesto placer de abrir el armario y encontrar prendas de abrigo cálidas, que alivian los primeros fríos del otoño. La rebecca marrón de lana que compró a un precio ridículo y que usó mientras escribía en el estudio durante todo el invierno anterior. Encontrarla allí, paciente, esperándola sin que ella tenga que hacer nada, sin que tenga que comprar otra rebecca ni pensar cuál le sentaría bien o combinaría mejor con esas prendas viejas y confortables que usa para andar por casa. Experimentar esos segundos de felicidad, donde la vida da algo sin pedir nada a cambio. Ya lo pidió, objetarán. Ya lo pidió. Pero el precio ya fue satisfecho, la inversión amortizada, y la rebecca de lana marrón está allí –tiene que confesar que ya no se acordaba de ella, es una rebecca modesta, o también, que está perdiendo un tanto la memoria –, y solo tiene que cogerla para sentir su abrazo tibio y reconfortante.

Contar la vida sin contar lo que pasa en la vida. Contar la vida que no se cuenta, la vida que apenas se ve. Contar, por ejemplo, y continúa con el tema de su amiga A, ella, B, y su compañero sentimental. Contar que nota, también, cómo a su compañero sentimental le satisface enormemente el gusto que A experimenta cuando lo tiene cerca. Le satisface sin poder remediarlo. Él sabe que se nota de algún modo que le satisface. Sabe que B lo nota, pero no puede remediar que lo note, a pesar de que sentirlo lo avergüenza un poco. Su compañero sentimental es

honesto, pero no por ello deja de vanagloriarse íntimamente del sentimiento que provoca involuntariamente en A.

B le diría: noto cómo te gusta gustarle a A, pero no lo hace porque no serviría de nada. Su compañero sentimental es a menudo obtuso, nada introspectivo. B no lo hace hasta que un día lo hace. Sucedió algo así: contar la vida contando lo que pasa en la vida.

Como de costumbre, Ramón y Cristina llegaron justo a la hora. Imposible corregir en ellos su tendencia a apurar en casa hasta el último minuto y provocar, cualesquiera que fuesen los amigos que les esperan, un malestar indefinido que ya conoce de memoria, y que expresan a su llegada con comentarios jocosos sobre su impuntualidad que apenas ocultan su incordio.

– Bueno, hoy habéis llegado a tiempo.

Ángela reprime su fastidio para premiar el esfuerzo de la pareja por llegar justo a la hora en que la película da comienzo, sin que hayan sacado todavía las entradas de cine.

– En fin, ha sido él quien me ha hecho esperar, pero sé que sonará a excusa... – Mientras se justifica, Cristina saca el monedero y se coloca en la cola, donde Miguel, el compañero de Ángela, les aguarda.

– No temáis, vamos bien. – Al sonreír, Miguel deja ver sus dientes blanquísimos y, acto seguido, besa a Cristina en ambas mejillas.

– Hemos discutido como de costumbre. – continúa ella, aproximándose al mostrador, donde una jovencísima rubia les espera, dispuesta a atenderles.

– Nosotros también, Ángela me ha dicho que soy un ser muy desagradable.

Mientras lo dice, los ojos de Miguel expresan tal complacencia consigo mismo que parece estar diciendo lo contrario. Algo como: sabes que no soy en absoluto un ser desagradable, que son solo las manías de Ángela las que me hacen parecerlo ante sus ojos.

Cristina, complacida por la confidencia, lo mira moviendo suavemente la cabeza, y dirige una mirada de recriminación hacia su amiga.

Mientras besa a Ramón en ambas mejillas, cuyas observaciones sobre lo que sea hace tiempo que han dejado de interesarle, Ángela escucha la conversación entre Miguel y Cristina.

Lo que ha sucedido unos momentos antes de abandonar su casa es algo que se repite con frecuencia en su relación. Miguel descuida cada día más su estética. O mejor, conserva sin corregir sus modales de chico de barrio, y su andar desgarrado, con los brazos ligeramente separados de los costados, la irrita sobremanera cuando lo observa de lejos, como si fuese un hombre desconocido, ajeno. Exactamente como le pasa a Ana Karenina cuando percibe de pronto los cartílagos de las orejas de su marido, y se lamenta en secreto de ellos. Cada vez que lo ve así, digamos que en crudo, sin el velo imaginario de su condescendencia, Ángela se dice a sí misma, ¿cómo es posible que este hombre sea mi pareja? Y se reprocha su elección. Es un sentimiento superficial, lo sabe, ella quiere profundamente a Miguel, pero no puede evitar sentirlo.

El comentario que le hizo al respecto, poco antes de salir de casa, recomendándole erguir la espalda, le molestó, a pesar de que intentó no herirlo. Y la venganza de Miguel no es otra que sugerir a su amiga que su relación tiene los mismos vaivenes que la suya con Ramón, a todas luces distinta.

Con las entradas en la mano, Miguel inicia la marcha hacia la sala número ocho, seguido de los otros tres.

La película, El amor bajo el espino blanco, es una historia sencilla y simple. Una historia de amor que, apenas unos años antes, Ángela hubiera comparado de inmediato con la suya y, en consecuencia, sufrido en silencio la pequeñez de su pasión respecto a la de los protagonistas, pero que ahora, después de veintitrés años juntos, no compara con nada. No obstante, vierte unas lágrimas involuntarias, como las vierte Miguel, cuya mano entrelaza la suya en señal de reconciliación y, quizás – no puede apreciarlo en la oscuridad de la sala –, también vierten Ramón y Cristina.

Los amigos se separan a la salida del cine, es tarde y no quieren tomar nada juntos. Ninguno desea, entre semana, engordar.

En el coche, Ángela está molesta todavía por la conversación entre Miguel y Cristina, por su pequeña discusión previa, por la diferencia –conscientemente inadvertida, ya lo hemos dicho – entre su actual historia de amor y la de la pantalla. Por eso se lo reprocha.

– ¡Cómo te gusta que Cristina esté loca por ti!

– ¿Por qué dices eso?

– No puedes evitar sonreír en cuanto ella llega. Te haces el interesante, la seduces sin querer.

– No es cierto, Cristina y yo nos conocemos desde hace treinta años. Nos caemos bien. Se te ha metido en la cabeza que le gusto y no puedo sacártelo...

– Es que es verdad. Lo sé. Estoy segura, conozco a las mujeres.

– Lo que tú digas. No quiero discutir contigo. No me gusta en absoluto hacerlo.

Contar la vida con pelo es demorar la conclusión, hacer como que nadie sabe que se puede contar de forma más breve, sin rodeos, y llevar al lector poco a poco a que extraiga las conclusiones precisas de la escena que se le despliega diligentemente ante él.

Pero, ya lo dijimos, a ella ahora no le interesa contar así. Le interesa decir que, a pesar de que él diga lo contrario, Miguel – vamos a seguir llamándolo Miguel – , disfruta con la devoción de Cristina. Puede que no sepa ni reconocérselo a sí mismo, pero así es.

Un momento, detengámonos en esto; de repente ella piensa que puede estar equivocada, piensa que quizás debería darle crédito y considerar que no, que es como él dice – ¿por qué habría de colocar en el centro del universo sus intuiciones? – , aunque sabe que Miguel es obtuso, ya lo dijo antes, que le resulta difícil reflexionar sobre sus sentimientos, que sale corriendo apenas ella abre la puerta, esperanzada, deseando siempre que su habilidad crezca y que pueda seguirla en esas deliberaciones sin fin que tanto le gusta hacerle sobre los seres humanos más próximos. Puede que Miguel no disfrute de la pasión de Cristina y que esté equivocada, pero lo duda, lo duda. Prefiere pensarlo tal y como lo piensa. Y no es un preferir consciente sino completamente involuntario, prefiere creer que está en lo cierto porque ha recogido muchos datos al respecto, ha estado años recogiendo indicios, y si ahora lo dudase en serio todo su sistema de comprensión de los otros se vendría abajo. Sería el caos.

No obstante, solo el poder percibir esa duda, acertar a ponerse por unos segundos en la piel de Miguel y admitir que puede estar siendo injusta con él, que puede estar violentándolo, atribuyéndole un sentimiento que no le pertenece sino que es una mera proyección del suyo, ya le parece algo nuevo. Y le gusta, siente que ha ganado en flexibilidad, aunque prefiera continuar con su certeza.

Contar la vida.

Escucha *All last*, de Etta James. Le encanta esta canción que un amigo melómano le hizo escuchar poco antes de que Obama y Michelle la bailasen para el mundo entero. Y sigue gustándole mientras la escucha, a pesar de Michelle y de Obama. Recuerda la escena de ese baile y le parece obscena. Mostrar a todo el mundo un baile íntimo, la canción de amor de una pareja expuesta en el foro público. El mundo, de pronto, se le antoja falso, lleno de actos como este. Actos que ella no quiere contar, de los que no quiere saber sino para denunciarlos. Actos superficiales, actos que esconden al ser humano que hay detrás, que crean de él una imagen cuidada, una imagen que no es calva. Apariencias.

Odia las apariencias. Siempre le ha disgustado la vida social. A ella le gusta ir al grano, hablar de lo importante, nada de hablar del tiempo, le aburre hablar del tiempo, aunque a veces lo hace porque no sabe de qué hablar con la gente a la que le gusta hablar así. En las fiestas odia conversar con unos y con otros; sin embargo, nadie diría que no es la anfitriona perfecta. Cree que nadie sabe quién es ella en realidad, y que a nadie le importa quién sea. Cree que nadie quiere verla ni leerla calva.

A veces sospecha que no sabe nada de los otros, que los otros son tan opacos como ella misma, pero otras veces sospecha, asombrada, que en el interior de algunos otros hay muy poco, hay nada.

Por ejemplo, ¿qué tienen en su interior los que acuden los sábados y los domingos a los centros comerciales? Imagina que no leen, que no piensan, imagina que su vida transcurre entre necesidades primarias: comida, sexo, cobijo, hijos. Intrascendentes. Inmanentes. Pero no lo sabe. No sabe nada de ellos. Nunca los ha conocido de cerca. ¿Cómo son esas chicas que conversan a gritos, con ceñidas mallas de lycra, enseñando su obesidad y su intimidad al mundo entero sin disimulo? No puede sospecharlo. Le falta aún conocer el mundo.

Contar sin pelo, escribir calva.

Contar que un cálido atardecer de otoño, mientras escucha en spotify a Miles Davis, *Autumn Leaves*, precisamente, una y otra vez, tan hermosa, tan cálida como esa misma tarde, siente de repente ganas de hacer otras cosas. Cosas que no están a su alcance, cosas como estar en ese mismo momento paseando por Venecia. Por ejemplo. Aunque ni siquiera cree que se trate de concretar su deseo buscando una experiencia precisa, sino más bien de vivir una sensación nueva, única. Sensación que no logra tener esa tarde, agradable por lo demás, en la que lee un libro de un celebrado autor, tan celebrado que le da envidia, aunque no consigue leerle entera ni una sola novela; un autor tenido por culto e inteligente, pero tan grave, tan grave, que la vida se queda por fuera de su escritura, porque la vida es leve. La vida también es leve. Ella experimenta la levedad en el aire de la trompeta de Miles Davis y sale a la terraza, y el cielo es azul marino y negro, una combinación que, por cierto, nunca le ha gustado, pero así es el cielo de ese otoño extremadamente

cálido. Todavía no hay estrellas —son apenas las ocho y media de la noche—, y ella se pregunta cómo pasará el resto de su vida si todo lo que le espera es repetir tardes como esta, hermosas tardes de lectura y música donde la vida transcurre en las novelas —a veces ni siquiera transcurre en las novelas—, y casi siempre en la música, en la trompeta de Miles Davis, en *The cold song* de Purcell, interpretado por Klaus Nomi, en *Piece of meat* o en *The hole*, de Maez. En la música siempre, porque la música la transporta a un mundo inexistente donde los sentimientos están a flor de piel, donde la carne respira y ella desea vivir otra vida. Pero esa vida —y esto es, en definitiva lo que quería decir desde el principio, no sabe para qué esta larga digresión—, esa vida otra, diferente, emocionante, ya no se siente capaz de vivirla. Así es, así de triste.

Siente, eso sí, el deseo de esa vida otra, como un recuerdo quizás; un recuerdo de deseo, pero sabe que en ningún lugar del mundo: ni en Venecia, ni en Nueva York, ni en París, ni en Roma; en ningún lugar del mundo, repite, logrará vivir lo que anhela vivir. Sabe, lo sabe de una manera ferozmente cierta, convincente, que ya no es capaz de sentir nada de lo que anhela porque sus fibras nerviosas, las neuronas que son ella misma, han dejado de vibrar con determinados ritmos, ya no se agitan, y ella, por más que ese recuerdo de deseo la habite, por más que ese recuerdo de deseo la haga salir a la terraza y contemplar el cielo azul marino y negro, con algunas vetas de rojo encendido a lo lejos —mañana hará viento, decía su padre al observar un atardecer encarnado—, no experimentará más esa vida que añora. Y sabe que tendrá que conformarse. Lo sabe.

Sobre todo tendrá que conformarse. Sabe que desde ahora hasta que muera no habrá más exaltación juvenil. Que, esto no lo entiende pero tiene que constatarlo (se ha propuesto escribir calva, sin paliativos, luego tiene que constatarlo aunque no lo entienda), sabe que hay algo de la muerte en la extraña representación de ciertas cosas que la acucia. Sabe que el año de la muerte ha dejado una huella que todavía no conoce bien, un estigma que habrá que explorar con paciencia.

Le ha dejado, por ejemplo, la oscuridad con que imagina las ciudades que visitará en breve. La oscuridad del invierno, ¿es eso? No lo sabe. Ella piensa en Nueva York, o en Madrid⁴ y no se imagina un mundo de novedades, un interesante mundo de encuentros. No, para nada, se imagina una calle amplia y oscura, y frío, y una tristeza blanca que no tiene representación, o que encuentra una única y vaga representación en esa ciudad imaginada donde nada cambiará su vida.

Ahora lo sabe. Acaba de comprenderlo. Esa es la razón: nada cambiará su vida porque ella no tiene ya fuerzas para hacerlo. No tiene dentro de sí, y hay que leer dentro de sí pronunciando densamente la ene, la ilusión necesaria para hacerlo.

Eso es todo. Imagina, todavía le queda ese tipo de imaginación, imagina que eso es hacerse mayor. Ella es mayor, tiene más de cincuenta años, pero por dentro, cuando no se mira al espejo, sigue teniendo unos treinta, y está llena de una vida que ya no sabe en qué actos concretar. Afuera el cielo es azul marino y negro, y nunca le gustó esa combinación.

Antes era joven; cuando tenía esa misma ansia de vivir hacía el amor, o se entristecía con una tristeza negra —el sol negro de la melancolía—, o bailaba con una música que en nada se parecía a esta de Miles Davis. Bailaba con Simple Reed, o con Van Morrison; o, si el ansia encontraba cuerpo en un erotismo etéreo, bailaba ciertos temas in crescendo de B.B. King, o *Chiove* de Pino Daniele, sobre todo *Chiove*, que a saber por qué la elevaba por encima de las nubes, *qualsiasi sia il suo colore*. Y las ganas se iban. Porque, vamos a ver, ¿qué hace una mujer con un ansia semejante? ¿Cómo introducir la vida en la vida? No lo sabe. No sabe nada. Piensa. Aunque cree que este ha sido su verdadero y auténtico problema: introducir vida en la vida.

Cree, lo descubrió anoche, que cada siete años necesita un cambio radical. Es así desde hace tanto, tanto tiempo. Durante siete años se incubaba poco a poco ese anhelo profundo de más vida. De un plus de vida. Es todo tan igual a sí mismo, se lamenta. Shopenhauer, el filósofo que pensaba que las mujeres eran bobas, pero cuyos aciertos sobre lo humano se cuentan por miles, dijo: *Dentro de ciertos límites somos libres para hacer o no lo que queremos, pero no lo somos para querer algo distinto de lo que queremos*.

Cómo lo sabe ella, cómo lo ha sabido en cada momento. Podemos no hacer realidad nuestro deseo, pero no podemos dejar de desearlo.

A ella le ha gustado siempre cambiar. Por eso, cree, inventaba historias. Por eso, cree, echa la culpa a las historias de que no haya tenido más vida. Las historias que inventaba le servían para quedarse en el mismo sitio. Su imaginación volaba, creaba y satisfacía así una parte, una mínima parte —todo hay que decirlo, se ha propuesto decirlo todo, escribir calva— de su ansia de vida, pero ella seguía atada a su casa, atada a la misma vida de siempre.

Un hombre diría, el escritor grave cuyos libros no puede terminar nunca de leer pero que cuenta con el favor de la crítica, diría: el arte sirve para soportar la vida real, para sostener nuestros deseos de otras vidas imaginarias que nunca podremos hacer. Pero ella no sabe si esa es una afirmación que pueda sostenerse de modo universal. Quizás sí, quizás no. Hay quienes no tienen esa ansia de vida. Ha conocido a muchos. Gentes que no aman el cambio, que tienen miedo de los cambios, que desperdician la vida entre el trabajo y los centros comerciales. Ella también puede comprenderlos porque dentro de sí tiene una parte temerosa, conservadora. De ahí que en lugar de viajar a África, de ahí que, en lugar de arriesgar otra vida, haya hecho solo la suya, y haya satisfecho sus deseos de cambio con la escritura. Esto sí puede afirmarlo. La escritura como satisfacción sustitutiva, la escritura paliativa.

Ahora que está dispuesta a contar la verdad sin aderezos, la verdad que la ficción enmascara por pudor –¿por pudor?–, ahora tiene que reconocer que en tardes como esta, cuando tenía treinta, cuarenta años, y no se atrevía a coger la puerta e irse, escribía. Le entusiasma esa imagen de coger la puerta e irse, no volver atrás la mirada, irse solo con lo puesto; aunque luego, su parte conservadora, su parte burguesa, su parte temerosa preguntaba, ¿adónde?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿con qué dinero? Y la representación de una carretera oscura, de sucios bares y restaurantes de autopistas, iguales, de precariedad y tristeza, se imponía, y ella se quedaba. Y escribía.

Ella se queda y escribe que alguien se va. Esa ha sido su vida. Su vida entre la ficción y la biografía verdadera, una que no puede ser escrita nunca, porque la verdad se escapa, se contradice con el tiempo, se multiplica y metamorfosea. Pero una parte de la verdad, minúscula, es esta, y ella tiene que constatarla, escribirla, solidificarla para el mundo: su vida ha sido navegar sobre la imaginación para soportar el ansia de vida que no sabe ahora cómo satisfacer. Ahora, que ya está domesticada.

Son las nueve de la noche y se siente algo aturdida, cansada del día; antes de irse a dormir espera ver una película donde le cuenten otras vidas, una película que la transporte a otros escenarios y la aleje del ansia que ha sentido esta tarde cálida de otoño, en la terraza, frente a un sol declinante y un cielo progresiva e irremediabilmente oscuro, entre azul y negro. Una combinación que nunca le gustó.

Una tarde en la que, una vez más, en lugar de abrir la puerta e irse con lo puesto, escribe.

Citas:

1. Y su cabeza calva pensó en las colaboracionistas francesas, aquellas mujeres que cohabitaron con los nazis y que, al final de la guerra, fueron humilladas a manos de sus conciudadanos rapándoles la cabeza a cero. El pueblo contra ellas, amotinado, cubriéndolas de vergüenza, marcando con la desnudez de su cráneo su ignominia. Y pensó que no. Que tampoco sería una Lady Godiva; que tenía miedo de pasear desnuda por las calles, expuesta, miedo a que los ciudadanos no respetasen el pacto de permanecer dentro de sus casas, y saliesen a mirarla armados de hoces, de piedras, de zafas de agua sucia, e hiriesen su vulnerabilidad con afrentas. No podía, era cobarde. Tendría que volver a nacer para hacerlo. No podría vivir desnuda, pero, tal vez, sí escribir completamente calva.
2. Porque es un campo, y los campos hacen frontera con otros. Y recuerda los enormes, desolados, fríos campos de las películas de Angelopoulos. La Grecia de Theo Angelopoulos que no es soleada ni alegre, es fría y está cubierta de nieve, es un paisaje solitario y hostil.
3. Le gustaría que los lectores leyesen dentro de la historia paladeando unos instantes la n, porque así, degustando la n, le parece que la palabra dentro indica mucho más lo que quiere expresar.
4. Tiene que ir en un par de meses a Nueva York y a Madrid; esto es contar la vida.